

# Retratos Pueblanos: LAS VENDEDORAS DE GOLOSINAS DE LA PLAZA MAYOR

Por Jesús Pulido Ruiz.

El buen amigo Paco, desde esa atalaya y torre de información en que suele convertirse la barra del bar en un pueblo, cada cierto tiempo me pone al corriente de los acontecimientos acaecidos en La Puebla; del día a día que se respira en este punto del planeta, lugar ni mejor ni peor que otros, ni con más ni menos obligaciones y problemas que puedan aquejar a muchos otros lugares. Él, como buen vigía y recopilador, o más bien receptor, de la historia cotidiana y reciente, y no tan reciente, de la villa suele ser mi tabla de salvación en los momentos en que me asaltan las dudas sobre ciertos personajes, escenas o costumbres que afloran en mi mente a la hora de expresar los recuerdos en su estado de reverdecimiento.

Y así ocurrió no hace mucho cuando en mis cada vez más frecuentes reencuentros con el pasado, un pasado recordado de espontáneas evocaciones y candorosos anhelos, en un retorno a la infancia – nostalgia oxidada – centré mi pensamiento en el núcleo – y pulmón latente – de la villa: la Plaza, y aparecieron las figuras, gratamente guardadas en los desvanes de la memoria, de las vendedoras de golosinas y chucherías como algo inseparable de la vida y funcionamiento de ese lugar en unos tiempos en que gran parte de los más pequeños dejábamos volar la imaginación con el ánimo de ahuyentar las miserias que nos rodeaban, y de las que queríamos sentirnos ajenos, aunque fuese solamente un domingo, un simple y soleado domingo, al adquirir cualquier tentadora y pegajosa delicia en alguno de los puestecillos instalados allí, en el ágora del pueblo, en la plaza de todos. La Plaza, que siempre ha sido el palpitar del pueblano y el punto de convergencia de las sístoles y diástoles de los agitados o serenos corazones que han entretejido, y entretejen, las relaciones humanas de los vecinos de la localidad.

Aquellas buenas señoras, apostadas junto a las columnas de los vetustos soportales como personajes decorativos de sainete, parecían estatuas dominicales abonadas con sus modestos, pero bien surtidos, puestecillos a la causa de prodigar resplandores de alegría en los asombrados ojos de los infantes, rivalizando de forma un tanto disimulada por atraer el mayor número de diminutos clientes con la atractiva presentación de sus productos. Puestecillos, con sus caramelos de anís, peladillas, chicles, barras de ragaliz de distintos colores y sabores, cañamones, pipas, tostones, los refrescantes sacis

o aquellas rudimentarias piruletas y pirulís, antecesores y hermanos pobres del hoy cosmopolita chupa-chups, que se convertían los días festivos en punto de peregrinación y lugar de encuentro de los chavales, donde podían intercambiar parte de las experiencias acontecidas a lo largo de las últimas jornadas o de toda la semana.

Eran tres, como las Gracias, la tía Justa, la tía María, cónyuge del tío Benito el Tostonero, y la otra María, esposa del tío Varona, dedicado asimismo al honrado oficio de la venta de “torraos”. Las tres, como tres hermanitas de la caridad, estaban adscritas al programa de sostenimiento de las dulces apetencias infantiles, proyecto de un ministerio que no formaba parte de ningún gabinete gubernamental de aquellos tiempos, y que no era otro que el de la Perentoria Necesidad de Subsistir.



Entre ellas reinaba (bueno es creerlo así en estas escenas irre recuperables en el tiempo) una competencia leal y honesta, aunque a veces apareciera en sus miradas algún atisbo de insana – y aun pecaminosa – envidia, permitida dentro de toda actividad comercial siempre que no se rebasasen las normas establecidas que imponía la santa rivalidad de estos austeros, pero nobles, negocios chucheriles, negocios que las convertían en benefactoras de las vehementes ansias infantiles, cuya culminación adoptaba la prosaica forma de una selecta gama de golosinas y frutos secos, que en muchos casos bien podrían haber sido calificadas de deleite para el paladar y pasaporte expedido para las caries.

Eran tres, aunque a decir verdad, y pese a la tenaz y documentada insistencia de Paco para refrescar las escenas de nuestra infancia, mi retina del tiempo sólo consigue enfocar con plena nitidez las figuras de las dos primeras: la tía Justa y la tía María, moradora ésta de una pequeña vivienda adjunta al Ayuntamiento. Tal vez se deba a que eran sus puestos los que más frecuentaba y a que estaban situados en una privilegiada posición, más a la vista dentro de la explanada de la plaza. La tía Justa ocupaba la parcela del pavimento cercana al Callejón de los Bodegones, en tanto que la tía María se ubicaba frente al antiguo estanco. Esos favorables emplazamientos les permitían abarcar plenamente con la mirada cuanto en el foro local acontecía: esperas, encuentros, despedidas, juegos...